
El escritor José Ortega Spottorno

Fernando R. Lafuente

Cuando en 1992, Antonio Lago Carballo publicó una *Antología* (Ediciones de Cultura Hispánica) de escritos del ensayista mexicano, Alfonso Reyes, una de las figuras principales del pensamiento en español del siglo XX, envió un ejemplar

a mi amigo José Ortega Spottorno, quien poco después me hizo llegar el libro que acababa de publicar, *Historia probable de los Spottorno*, con una dedicatoria en la que decía que era un “canje de Reyes por Spottornos”. No pasó mucho tiempo y un día me anunció que estaba dando vueltas al propósito de escribir otro libro, éste acerca de Ortega, para cuya redacción estaba acopiando papeles y recuerdos. Meses después me dijo que, dado mi conocimiento de Alfonso Reyes, me agradecería le diese las citas y referencias relativas a la relación que el humanista mexicano había tenido con don José. Cumplí su encargo y de vez en cuando le preguntaba por la marcha del libro, cuando nos encontrábamos en las conferencias de Pedro Laín en los cursos que

nuestro común y admirado amigo daba bajo los auspicios del Colegio Libre de Eméritos.

Pasó algún tiempo y una tarde me confesó que le preocupaba el estado de salud y me habló de su deseo de terminar cuanto antes el libro sobre los Ortega. En una carrera contra el tiempo, me dijo que había preferido ceñirse a lo que estimaba esencial en la biografía de su padre, lo que le había llevado a cortar referencias no sustanciales.

En las palabras de Lago Carballo se encuentra el bagaje y manera de trabajar de José Ortega Spottorno. Laborioso, conciso, ameno, documentado, su faceta como escritor fue, cuando menos, si no oculta por sus comentaristas y exégetas, sí poco destacada. Esa pasión literaria que revelaría a un inmenso memorialista no sólo en el libro citado sobre la rama materna familiar, los Spottorno, como después en *Los Ortega* (2002) el dedicado a la paterna, sino en los que escribió de creación literaria, pura y dura, como fueron la novela *El área remota* (1986), y los volúmenes de cuentos, *Los amores de cinco minutos* (1996) de genuina y genial raigambre ramoniana, y de manera especial, *Relatos en espiral* (1990). Una faceta en la que destaca una finura de estilo que combina con un género poco tratado en la tradición española, como es la semblanza, ya sea de personajes de ficción o de personajes reales. Algo que ya había ensayado un buen colaborador de su padre, Ortega y Gasset, como Antonio Espina y en otras latitudes y otro tiempo, Marcel Schwob. Cercanos a su generación se conjugaba con otros escritores españoles como Álvaro Cunqueiro o Joan Perucho. Memoria e historia. Descripción de caracteres y avatares.

En Ortega Spottorno sin el elemento mágico del gallego Cunqueiro o el catalán Perucho, que casaban, entonces, todavía mal con las modas imperantes en nuestra roma literatura española, pero sí con un voz singular que creaba un espacio nuevo y transparente de míticas evocaciones y ficciones. Unas historias que

exigían amplios conocimientos del pasado y mostraban, como metáforas encandiladas por el paso del tiempo, diversos y atractivos pasajes de un momento, un hecho, un acontecimiento o un personaje. Quizá la más lograda expresión de todo ello sea su volumen, leído hoy de una extraordinaria fuerza narrativa y ensayística, *Relatos en espiral*. Rezuman sabiduría, experiencia, cierto escepticismo ante el insoslayable decurso de la vida:

La caída es más brusca en quienes han puesto muy alto sus ideales y éstos se han malogrado, como la cascada es más estruendosa cuando es grande el salto.

Cuenta la Historia, así con mayúsculas, en espiral. Vidas imaginadas y vidas vividas, todas, vidas contadas. Las respuestas, distantes unas, similares otras, que un centón de personajes, ofrecen ante situaciones tan semejantes como fatales. Los trances y circunstancias que van de las «*muertes paralelas*» de Werther y Larra a la sombra de Cajal; de la tristeza futura de gentes como Monturiol a la prole de Caín. Es el vaivén inverosímil que une en un hilo invisible lo uno y lo diverso, la efímera gloria y el despiadado olvido, en un tobogán literario en el que confluyen, en palabras de Goethe, citado por el autor: «*lo verosímil con lo imprevisible*». Fascinante resulta la recreación de una de tantas vidas, la de título «*El mismo que otro*» o el relato de las Indias Occidentales, protagonizado por Gonzalo Jiménez de Quesada y la fundación de Bogotá, en «*Triángulo equilátero sobre Bogotá*» y así, un sinfín de bellísimos, y a veces, implacables esbozos de nombres y lugares. El libro respira una profunda melancolía. No se decanta por el desasosiego, ni por el fatalismo, sino que procura, y logra, crear una atmósfera grata de conversación con el lector. Un diálogo surgido por la amistad hacia el próximo, que no es otro que ese lector que sigue con deslumbramiento la invitación al paseo imaginario, a través de una historia fingida y vivida. Son zonas de sombra y sombras de

luz. Un eco de cómo la palabra cincela el ocaso y marca el territorio de la eternidad.

La prosa del escritor José Ortega Spottorno es «*discreta*», a la manera cervantina. Es decir sin vocinglerías ni casticismos; elegante, con un suave, pero exquisito, toque irónico. Su lenguaje es preciso, cautiva y sugiere. Crea emoción y nostalgia. Las frases se dibujan sobre la página con el ritmo de una música de las esferas radiante y sosegada. Fue un escritor, un prosista que desliza la mirada –un escritor es la mirada– con retranca liberal, a una realidad entrañable, siempre paradójica, cruel en ocasiones, desconcertante y arbitraria, otras. Toda su obra (ficción, memorias) comparte un elemento rotundamente orteguiano: la perspectiva desde la que se afrontan los hechos, los paisajes, los personajes, el tiempo. Esa niebla fatal que tiñe de memoria en un caleidoscopio de evocaciones y sombras. Una perspectiva y una circunstancia que enmarcan al espectador en un plano donde la realidad y la ficción, el sueño y la vigilia se funden y confunden.

Para el escritor cada libro traza la geografía secreta de su biografía intelectual. José Ortega Spottorno queda en la historia española del siglo XX como el ejemplo de un creador de espacios, de ámbitos y sensibilidades culturales. Y esta faceta, en la que destacó de manera muy relevante, la de «*hacedor*» de empresas culturales trascendentales en el decurso de España, arrancó tiempo, esfuerzo y trabajo a su vertiente creativa, a su «voluntad de estilo» (Juan Marichal) literaria. Bajo el inmenso, imponente legado de la obra de su padre, el hijo en circunstancias políticas complicadas, cuando no manifiestamente hostiles, supo recoger el espíritu de una herencia formidable, y aprender a distanciarse, con la inmensa discreción que mostró siempre, de la prosa de José Ortega y Gasset, para perfilar una retórica propia, muy personal, que es la que verterá, también, en sus libros memoria-listas.

No es fácil. Puso en marcha, de nuevo, en las peores condiciones ambientales, apenas concluida la desastrosa Guerra Civil, la Editorial Revista de Occidente con un catálogo de autores (*«el ADN de un editor»*), suele recordar otro gran editor, Jorge Herralde) que aún hoy mantiene la vigencia, el interés y la curiosidad con la que había sido creada la empresa, al hilo de la propia *Revista* surgida en julio de 1923. Apostó por los libros de bolsillo –en un siglo, el XX, en el que se convertiría en la gran revolución lectora, siguiendo el principio surgido durante los años de la Gran Depresión (1929) de *«millones de libros para millones de lectores»*– al iniciar la aventura de Alianza Editorial (1959), heredera de la colección Austral en más de un sentido, pero dirigida a contar los nuevos rumbos que la sociedad occidental había tomado tras la Segunda Guerra Mundial. Alianza Editorial fue una biblioteca, más que una editorial, de instrucción intelectual para unas cuantas generaciones de españoles e iberoamericanos, y culminó esas empresas culturales –bajo la estela de su padre, pero con visión y modelos propios– con la dirección de la Segunda Época (1963-1975) y Tercera Época (1975) de *Revista de Occidente*.

Relevante es esa Segunda Época, que se trata en otro artículo de este número, por cuanto fue un momento de recuperación y descubrimiento de firmas postergadas por el franquismo y un aliento de apertura hacia nuevos horizontes y jóvenes y entusiastas colaboradores. Culminación que quedaría fijada, subrayada, con la aparición del diario *El País* en mayo de 1976, aún cuando los trabajos y durísimas gestiones para su publicación habían comenzado en 1972, como bien ha relatado Mercedes Cabrera en la biografía *Jesús de Polanco (1929-2007)*. Es decir, José Ortega Spottorno continuaba el impulso, la decisión y la voluntad de su padre en lo que hoy ninguno, ni el más insensato, discute: la irrupción de empresas culturales en la vida cotidiana de las naciones y su influencia –mediata e inmediata– en las sociedades de nuestro tiempo. Venía de

una tradición (*España, El Imparcial, El Sol*) –más sospechada que conocida entre nuestros compatriotas– y de un modelo de actuar que se reclamaba en la decisión de influir, de propagar y de agitar la vida intelectual y cultural y periodística, y lo cumplió con creces.

Volvamos al escritor. No sólo en el caso del memorialismo –aspecto éste que, a diferencia de otras sociedades como la anglosajona, en España se ha pasado casi de perfil– con su evocadora y sugestiva obra ya citada, *Historia probable de los Spottorno* (1992). Ya su hermano Miguel había publicado en 1983 *Ortega y Gasset, mi padre*, y un año después su hermana Soledad, *José Ortega y Gasset: imágenes de una vida. Los Ortega* (2002), ese libro que había anunciado a Lago Carballo diez años antes, es la fotografía de un tiempo que se prolonga con instantáneas familiares en medio del tráfico fatal de la circunstancia española: la fotografía de un tiempo lleno de memorables aventuras intelectuales, marcado por esa espiral de la Historia de la cultura española de los siglos XIX y XX, repleta de crónicas, tragedias y fogonazos de esplendor. Periodismo, filosofía, literatura, política son los vértices: las empresas, los exilios, la caprichosa y cambiante situación económica en la vorágine de la guerra y la postguerra, los olvidos, las desavenencias, las ensoñaciones, el reconocimiento mundial y el extrañamiento en España conforman, en este volumen esencial, el entramado interior de esos últimos años del padre. Porque lo que nunca abandona José Ortega Spottorno es la mirada del hijo. Pareciera como si el narrador insistiera, tozudo y delicado al tiempo, en mantenerse en ese lugar. No en la sombra, sino unos pasos detrás. Como quien fija la realidad en las pausas, serena el vértigo, da sentido a esa confusa amalgama de los inevitables días por vivir y el caprichoso azar. Como escritor, también ordena el mundo, establece unos horizontes, alza su particular, familiar cartografía y traza una saga de personajes que dibuja y recorre la línea vertebral de los grandes asuntos polí-

ticos e intelectuales de la confusa España del siglo XX. Y ese trazo es posible por su capacidad narrativa, y queda fijado desde el interior de una familia.

La de Ortega Spottorno es una memoria que quiere recuperar no ya el tiempo pasado, consumido, sino –es preciso insistir en ello– la mirada, el tono, el estilo de vivir, de entender y de contar la vida. Una vida, así, son todas las vidas. He ahí al escritor. Un libro de recuerdos vibrantes, sobrios, melancólicos –ya se advirtió en otras de sus obras. El mapa de una vida, de unas vidas –José Ortega Zapata (1824-1903) y Eduardo Gasset Artime (1832-1884) fundador de *El Imparcial*, sus bisabuelos; junto a la de José Ortega Munilla (1856-1922), su abuelo paterno, además, claro está, la ya citada de su padre José Ortega y Gasset (1883-1955). Aquí, en estos capítulos memorialistas, tras los acontecimientos que definirán la Historia reciente, las convulsiones y las tragedias se levanta el ímpetu de vivir, la voluntad de saber, la cercanía y la presencia de la mejor educación que conoció la triste España, el anhelo irrenunciable de una necesaria modernización radical de la nación.

Escrito con pulcritud, evita los exabruptos, los chismes, las venganzas, los falsos escándalos y escribe, un monumento literario, hasta convertirlo en una intensa mirada sobre el tiempo –siempre la mirada. Las anécdotas las convierte en epifanías; la solemnidad, en profunda y confiada intimidad con el lector; las observaciones sobre esto y aquello, sobre éste o aquél siempre cautas e inteligentes, audaces y moderadas, de una sensatez espepluznante, en instantáneas de emoción y sabiduría. La evocación de Rosa Spottorno, su madre, es uno de los capítulos más intensos que, sin alterar el tono de la narración, logra los perfiles de un cariño teñido de presencias proustianas. Son intensos, también, porque es la intensidad del escritor que ilumina cada página, capítulos entonces tan desconocidos –por su complejidad histórica y vital– los que describen la penuria vivida en el exilio de Buenos Aires; los

que relatan las impertinencias –cuando no el abandono– manifestadas hacia Ortega por la editorial a la que había entregado los años más granados y lo mejor –que era mucho– de su capacidad intelectual y profesional de proyectos y colecciones, Espasa-Calpe. Maniatada ésta por las presiones y órdenes de las autoridades franquistas que no querían que el nombre de Ortega figurara en ninguna de sus publicaciones. Es intensa la evocación de los amigos argentinos, la honda presencia de la mecenas Victoria Ocampo, las conferencias convocadas por Bebé de Sansinena y son memorables las páginas dedicadas a uno de los más íntimos y brillantes –también en su discreción– amigos y colaboradores de su padre: Fernando Vela. Quien había ocupado el cargo de Secretario de Redacción de *Revista de Occidente* en su primera época (1923-1936) y era uno de los ensayistas, agitadores y sabios que la historia intelectual española, en su conjunto, ha olvidado y que es, si se permite la licencia, un trasunto del propio autor.

Vela, como aquí escribe Spottorno, también fue alguien clave en la vida de Ortega y Gasset pero que mantuvo siempre, de manera tan ejemplar como emocionada, un sereno segundo plano al frente de *Revista* y como Asesor de la Editorial. Muchos saben, y lo cuentan –es el caso de la investigadora Azucena López Cobo que se ha dispuesto a llevar a Vela al legítimo lugar que le corresponde– que Fernando Vela fue, con la orientación de Ortega, la *Revista*, el alma y el brazo, la pulcritud y la conciencia. En un país de fatuos satisfechos de sí mismos, los Fernando Vela y los José Ortega Spottorno son, casi, una excepción. Ambos dejaron buena parte de su vocación literaria por ofrecer, y entregarse a la sociedad, en ocupaciones ajenas a la creación de ficciones y ensayos. Sí, la memoria es el acto de narrar, ordenar en el tiempo las biografías, las imágenes, los recuerdos, las sensaciones, los nombres, los lugares y los días. Quien esto escribe tuvo el muy grato honor de compartir con José Ortega Spottorno la presentación del libro

Ortega y la Argentina –después vendrían otros, siempre entre libros los dos– el año de 1997, y todavía queda en invisible estadio del recuerdo, la presencia de alguien tan discreto y elegante en sus maneras como brillante y ameno en su conversación.

F. R. L.

